

ABRIL EN PARIS

USTED, amiga, conoce París. No importa que jamás haya atravesado la frontera y que nunca haya pisado el inmenso recinto de Orly, ese aeropuerto que más parece una relumbrante «boutique». París, tal vez porque es, como dicen, la ciudad más bonita del mundo o porque es la que tiene un departamento de publicidad más perfecto, resulta familiar a todo el mundo.

De cada diez películas que se proyectan en las pantallas, hay por lo menos una donde se muestran generosamente sus encantos. Por eso, usted sabe cómo es la Torre Eiffel, el Arco de Triunfo, la Iglesia del Sagrado Corazón y ese rincón lleno de pintores, la mayoría de los cuales hablan español, que es la Place du Tertre y en donde viven sus aventuras muchachos bohemios que de repente tienen la cara de Gene Kelly o de Paul Newmann.

También las revistas se encargan de hacerte saber con todo detalle cómo son por dentro los institutos de belleza, las casas de alta costura y sus maniqués: esas mujeres que hacen famosos unos nombres cortitos que suenan a inventados —Lucky, Nina, Kouka— y que todas envidiamos un poco porque son capaces de medir un metro setenta de estatura, tener cinturas que caben en un brazalete de Cartier y de lucir los peinados y maquillajes más osados con la misma serenidad con que nosotras llevamos nuestro vestidito negro de sensato escote.

Una mujer puede no tener la más remota idea de cómo es Picadilly Circus o la Marienhilferstrasse; pero sabe cómo son los Campos Elíseos: esa especie de Calle Mayor del mundo femenino por la que todas hemos paseado alguna vez, en la realidad o en la imaginación.

Ahora que la moda ha despertado de sus vacaciones invernales y hace brillar ante nuestros ojos el espejuelo de la tentación, es buena oportunidad para recorrerla de nuevo. París en abril es más femenina que nunca. Cosa curiosa, porque en francés la primavera es masculina.

el señor primavera

Su símbolo es un vejete simpático, llamado monsieur Printemps que, según dicen unos versos populares, «lleva un bonito traje verde manzana y no se está nunca quieto. Asoma la nariz a la ventana cuando vuelve el mes de abril y dice: veamos..., ¿qué tiempo hace?... ¡Ha llegado el momento de aparecer!».

Y aparece, permitiendo que las yemas de los castaños estiren sus cabezas plateadas para echar un vistazo a los escaparates y comenten entre ellas las últimas novedades.

—¿Has visto? Todos los zapatos

llevan los talones al aire... Y tendrás que hacértelos de serpiente, si quieres estar a la moda.

—¿Y qué colores! Rosa, malva, turquesa...

Pero como ambas son francesas no se sorprenden demasiado de estas frivolidades. Encuentran normales las medias de nylon finísimo de los mismos colores que los zapatos; los sombreros de paja tejida que imitan la forma de un nido de golondrinas o del techo de una cabaña tahitiana; los vestidos con escotes interminables apenas velados por un hipócrita trocito de gasa; la camelia que uniforma las solapas de las elegantes como insignias de un grupo de congresistas americanos; las telas sembradas de flores gigantes; los jerseys con el signo del zodiaco de su portadora estampado en vivos colores.

el «tour» de los almacenes

Si usted, amiga, fuera a París ahora, vería todo esto en los escaparates y desearía poseer algunas de tales maravillas. Y puede hacerlo, entrando en cualquiera de los grandes almacenes, siempre y cuando tenga la suerte de:

1.º Poseer una resistencia física

similar a la necesaria para ganar la Vuelta a Francia.

2.º Encontrar una dependienta que se entere de que usted existe.

Lo primero es fundamental porque usted, como buena mujer, querrá verlo todo, tocarlo todo, probarlo todo. Y como al mismo tiempo querrán hacerlo otros cuantos cientos de mujeres, contando entre nacionales y extranjeras, existe la posibilidad de que, si no es tan fuerte como decimos, perezca en el tumulto.

Lo segundo, no porque las empleadas francesas sean poco solícitas sino porque son, simplemente, escasas.

Es inútil pretender y conseguir, como ocurre aquí, que una dependienta dedique toda su atención a nosotras y nos escuche pacientemente cuando le decimos:

—Quiero una blusita de esas rayadas... Pero no en azul, porque ya tengo una; ni roja, porque no me gusta; ni negra, que hace tan triste... Me gustaría un color verdito tirando a seco... o quizá palo de rosa... O si no, enséñeme lo que tiene, a ver...

Allí, las empleadas no están para tales sutilezas. Una tiene que guiarse por su propia iniciativa, buscar entre todos los artículos expuestos el que le conviene, pedir al santo patrón de la moda que no la deje equivocarse en la elección y, una vez con

la prenda escogida en la mano, buscar una dependienta desocupada —difícil, difícil— que pueda meterla en una bolsa y entregárnosla a cambio bien el número de cada billete, no nos vayamos a equivocar. Por cierto, esto de las bolsas es una idea estúpida. Son comodísimas de llevar y muy resistentes.

Otra advertencia útil: no pretenda que su marido la acompañe en su visita a los almacenes. Existen grandes posibilidades de que él lo observe todo, a usted incluida, con una lastimosa expresión de «por qué tiene que pasarme esto a mí», o anuncie con voz desmayada que si no abandona el local en el espacio de cinco segundos tendrán que llevarlo en una ambulancia. Los hombres, ya se sabe.

Es preferible que la espere en una terraza, leyendo el periódico o viendo pasar la gente, aunque parte de esa gente sean francesas monísimas. A pesar de todo es usted la que sale ganando. Porque se llevará la blusita a casa y él, en cambio, no podrá llevarse ninguna francesa.

todo a la pimienta

Después llega el delicioso momento de quitarse los zapatos y desplegar sobre la cama del **SIGUE**



Los maniqués que presentan la moda actual no se resignan a permanecer encerrados en una vitrina. Invaden las aceras, tentando a las mujeres con la sugestión de una nueva línea, de un nuevo detalle. Y es realmente difícil resistir a la tentación...



El «Señor Primavera» ha decidido aparecer en París y hace florecer los escaparates al mismo tiempo que también lo hacen los castaños de los Campos Elíseos.

hotel los paquetes que contienen sus tesoros. Es difícil que al examinarlos despacio se sienta decepcionada; porque si bien puede ocurrir que el pijama que consiguió arrebatarse a la codicia de una turista sueca no sea exactamente de su talla, o que el cosmético milagroso que le prometía un centímetro más de pestañas apenas aplicado, no se las alargue más que en un ruin milímetro, estará todo tan bien presentado, en una fundita tan mona y con un lazo de color tan ideal, que su entusiasmo no decrecerá ni una pizca.

Lo que habrá disminuido, además del volumen de su billetera, es su energía. Puede restaurarla con un rico «café-crème» con «croissants» —«qué curioso, decía una turista. Se llaman igual que en español»— o, según sea la hora, con una buena cena.

Usted habrá visto, también en las películas, que los protagonistas suelen cenar en suntuosos restaurantes desde donde se domina el Sena, amenizados con música de balalaikas o por una señora gordita que baila el «twist» como nadie.

Sí, todo esto existe. Y también lugares donde puede probar platos javaneses, hindúes, chinos, africanos y cuanto pueda apetecer el paladar más dado al exotismo. Pero estas refinadas experiencias resultan ruinosas. Más sensato será que vaya a un restaurante francés de tipo medio, donde le servirán como entremés, casi seguro, un plato de «crudités»: repollo, zanahoria, pepino, champiñón, todo rallado y condimentado con aceite, limón y pimienta.

Con la pimienta conviene que cuente desde un principio. Se la encontrará usted en todas partes: en el bistec —«a la pimienta», por supuesto— que le servirán después, en la ensalada y hasta en los huevos fritos. Tendrá la fortuna de que le pregunten a qué punto exacto le gusta la carne: si muy cocida, «a punto» o sangrando y de que se la traigan tal

como usted la ha pedido y de comer unas patatas fritas perfectas. Parece una tontería, ¿no? Freír patatas es una cosa bien simple... Sin embargo, los franceses han conseguido en esta cuestión un grado de excelencia indiscutible.

Si quiere, también puede cenar en el cuarto de su hotel, más módicamente, sólo con pasar antes por una de las muchas tiendas de alimentación donde se expenden toda clase de platos preparados: alcachofas, remolachas y patatas cocidas; huevos en gelatina, «patés» en hojaldre, tartelitas de queso, ensaladillas de varias clases, compotas, pasteles. No hay peligro de que pierda usted por el camino ni una gota de salsa. Todo se lo colocarán en unas cajitas de papel parafinado que preservan perfectamente su contenido.

despedida

Antes del regreso, dé un paseo en coche de caballos. Tal vez sea cosa muy de turistas..., ¡pero resulta tan agradable! A lo mejor da usted con ese coche conducido por una señora que lleva el pelo recogido en una redecilla, al estilo goyesco, un bombín y las piernas cubiertas con una manta a cuadros o con ese otro del gordito marsellés que ha protegido las orejas de su caballo con unas coquetas fundas tejidas a mano.

La llevarán a ver los edificios iluminados y, sin duda, a la Place Pigalle, donde siguen girando las aspas del Moulin Rouge y por donde vagaron las siluetas de Toulouse-Lautrec, de la Goulue, de Valentin el Deshuesado...

Un aire de can-cán llegará a sus oídos y una viejecita le ofrecerá una rosa, con el tallo cuidadosamente envuelto en papel de plata, que su marido se apresurará a comprarle y que usted guardará en la caja de los recuerdos bonitos. París bien vale una rosa.

SUREN

EL HOMBRE DE LAS CASTAÑUELAS

DE un tazo de tela prensada puede salir un par de castañuelas, ligeramente más grandes y planas que las habituales y sensiblemente menos pesadas. Estas castañuelas tienen la ventaja sobre las otras de tener el sonido que se desea, siempre que se sepan tallar con la suficiente habilidad. Suren Yessayan, un bailarín flamenco nacido en Siria, de origen armenio, ha descubierto el «secreto» del sonido de las castañuelas. Es el único tallista del mundo capaz de obtener el sonido que quiere de este instrumento. En las compañías de Pilar López, Antonio, José Greco, Mariemma y Rosario se utilizan estos instrumentos diseñados y fabricados personalmente por Suren. Un par de estas castañuelas hechas «a la medida» vale, como mínimo, mil pesetas. Un bailarín puede pedir un par con sonido ronco, otro con sonido suave; Suren se mete en su taller y atiende a la demanda. Le ha costado muchos años llegar a dominar la materia y poder conseguir estos sorprendentes resultados.

Suren Yessayan vino a España a principios de 1962, con intención de estudiar el baile flamenco. A los tres días montó su pequeño taller y, de esta forma, ha podido pagarse sus clases de danza. Nació en Ateppo hace veintitrés

años. Cuando contaba siete vio en un cine «Sangre y arena». Le impresionó la elegancia y la sobriedad del torero y el baile español. Luego, en las salas de fiesta de Aleppo y Damasco descubrió el flamenco y recibió sus primeras lecciones de Francisco Braña. Su vocación estaba decidida. Y, a los tres meses de llegar a España, le contrató Pilar López. Cambió su nombre por el de Suren de Benamejl. Y entonces fue cuando descubrió el «secreto» de las castañuelas. No bastó la tenacidad, aunque la tenacidad ha sido muy necesaria; ha sido preciso perder mucho tiempo, muchas horas y estropear mucho material. Pero ahora, Suren, con legítimo orgullo, puede decir que es el único tallista del mundo capaz de dominar el sonido de las castañuelas. Dentro de poco tendrá que abandonar el ballet de Pilar López, porque ha recibido numerosos encargos de Estados Unidos y de Francia. Su fama ha traspasado las fronteras y Suren tendrá que abandonar momentáneamente su profesión de bailarín para dedicarse íntegramente a la de tallista. Pero su ambición es convertirse en un buen bailarín. Todo lo hará por conseguirlo.

(Fotos: MARROIS-RADIAL-PRESS)



Suren Yessayan —o «de Benamejl»— es el único tallista del mundo que sabe arrancar a las castañuelas el sonido que desea. Le han llegado proposiciones de todo el mundo y próximamente tendrá que marchar a Estados Unidos y Francia.